



LA COYUNTURA EN UN AÑO ELECTORAL

Actualización a la luz de los resultados de las
elecciones generales del 15 de octubre de 2006

Javier Ponce

Octubre de 2006

La primera vuelta electoral en la carrera presidencial, dejó dos finalistas. Álvaro Noboa alcanzó un millón 461.037 sufragios y Rafael Correa un millón 243.352, lo que representa una diferencia de doscientos mil votos, de un universo de alrededor de nueve millones de electores potenciales. Hasta el momento de preparar esta nota, el Tribunal Electoral no ha informado de los votos nulos, dato que era esperado como un síntoma de rechazo al espectro electoral de 13 candidaturas de las más diversas posiciones, incluyendo un ex guerrillero de los años sesenta. De todos modos, los candidatos no registrarán un volumen de votos válidos superior a los 5.5 millones de votos.

La sorpresa más significativa del resultado es el hundimiento de los tres partidos políticos que han dominado la actual etapa democrática de casi tres décadas: el Partido Social Cristiano con su líder, León Febres Cordero, que de legislador más votado hace cuatro años ha pasado a ocupar un modesto cuarto puesto en su provincia, Guayas, anunciando una crisis interna que bien puede desembocar en su muerte política y en el resurgimiento, dentro del partido, del liderazgo indiscutible del alcalde de Guayaquil Jaime Nebot; la Izquierda Democrática que llegó cuarta con su candidato, León Roldós y que vivirá también una profunda crisis y renovación internas; y el Partido Roldosista de Abdalá Bucaram que prácticamente desaparece del escenario. Si bien estos tres partidos ya perdieron hegemonía en las elecciones presidenciales de hace cuatro años, conservaron intactos sus bloques legislativos, cosa que ya no ocurrirá en la composición del nuevo Congreso.

Mientras tanto, el partido político de Lucio Gutiérrez renace de la derrota de abril de 2005, coloca a su candidato Gilmar Gutiérrez (hermano de Lucio) en una expectante tercera posición y alcanza el segundo bloque en el Congreso. Con estos resultados, entre los dos partidos populistas de Álvaro Noboa y Lucio Gutiérrez, a los que se sumarían cuatro votos que puede poner Abdalá Bucaram o que puede salir de las pequeñas organizaciones provinciales que tienen uno o dos legisladores, este neo populismo enormemente agresivo y voraz hará mayoría en el parlamento.

Pero hay otro elemento oculto en los resultados y que es preocupante, más que sorpresivo: la enorme distancia que aún separa a los movimientos sociales y las organizaciones de ciudadanos, con respecto al electorado común, particularmente de las provincias de la Costa y las regiones pobres de la Sierra que apoyó los populismos de Noboa y Gutiérrez. El candidato que puede considerarse que recoge las principales preocupaciones de los sectores organizados de la sociedad civil, Rafael Correa, llega a la segunda vuelta electoral exclusivamente por su amplia ventaja en Quito, Cuenca y una provincia de la Costa: El Oro; por tanto, su propuesta de reforma política tuvo efecto principalmente en las grandes ciudades como Quito y Cuenca. Mientras tanto, el partido de Lucio Gutiérrez, al que enfrentaron los movimientos sociales, gana en 12 provincias; y el candidato del movimiento indígena, una de sus figuras históricas más respetadas, Luis Macas, no llega al 3% de los votos.

Desde 1990, cuando se produjo el primer gran levantamiento nacional indígena que modificó el panorama político y social del país, en el Ecuador han surgido nuevas actorías sociales y los movimientos ciudadanos se han visibilizado de manera significativa. Surgió una corriente de municipios alternativos que comenzaron a incorporar formas de participación y rendición de cuentas de su gestión en sus localidades, con lo que crearon la expectativa de una eventual renovación de las formas de ejercer el poder político en el Ecuador. Las veedurías ciudadanas han proliferado en todos los campos. Sin embargo, estos sectores organizados de la sociedad civil que incluso alcanzaron importantes conquistas (en el papel) dentro de la Constitución aprobada en 1998, a más del fracaso electoral de Pachakutik este 15 de octubre, no han cuajado una opción política. Algunos de ellos han trabajado intensamente propuestas de reforma política que modifiquen de raíz el comportamiento de los partidos políticos y el funcionamiento del Estado, pero estas propuestas están ausentes de la contienda electoral. Miran con esperanza hacia una Asamblea Constituyente pero aquello volverá a ser una utopía si triunfa Álvaro Noboa y ocurrirá un franco retroceso de los avances alcanzados por estos sectores.

Si eso ocurre con Álvaro Noboa, el carácter personalista de la candidatura de Rafael Correa acabó negando protagonismo a estos movimientos sociales que deberán volver a evaluar críticamente su condición elitista y de grupúsculos de militancia ciudadana y reconstituir sus estrategias. De llegar al poder, Noboa los combatirá o los ignorará. Si bien Correa tomó la partida sin ellos, tendrá que volver a sentarse en la mesa del diálogo, porque si triunfa va a necesitar de su concurso; y si el triunfo es estrecho, tendrá que manejar una estrategia que le dé la legitimidad necesaria que le niegan las urnas, para enfrentar a los partidos tradicionales que, aliados con el populismo en el Parlamento, pondrán una oposición sin cuartel a los intentos de ir a una consulta popular que abra las posibilidades de una Asamblea Constituyente.

Adicionalmente, es necesario reflexionar sobre un hecho que, al haber sido materia de diversos análisis en los últimos años, ha alcanzado una expresión visible en el resultado electoral: las poblaciones indígenas y campesinas de la Sierra han dado la espalda al proyecto general de la CONAIE afincado en la condición multicultural y plurinacional del Ecuador con todas sus manifestaciones colaterales. Estas poblaciones se han devuelto sobre su propia condición económica y productiva, sobre su pobreza extrema y su exclusión; factores que, finalmente, determinaron que votaran por un Gutiérrez, hermano del ex presidente que los visitó varias veces y construyó una estructura clientelar sustentada en dádivas que se convirtieron en formas de mendicidad (reparto de picos y palas), y en promesas que se frustraron, tal vez, a ojos de un buen sector del electorado, porque los “forajidos” de Quito no dejaron que Lucio Gutiérrez concluyera su mandato; una estructura clientelar que se apoyó también en los cuadros militares en contacto con las comunidades y que trabajaron abiertamente por la candidatura de Gilmar

Gutiérrez. Finalmente, dentro de este mismo aspecto, cabe preguntarse cuánto jugó en el triunfo de Gutiérrez entre estos sectores, la división particularmente entre las dos mayores confederaciones indígenas nacionales con particular presencia en la Sierra Central: la CONAIE y la FEINE de orientación evangélica. Vale recordar que la FEINE apoyó durante el último año al gobierno de Lucio Gutiérrez hasta su caída, para contrarrestar la influencia de la CONAIE en el aparato estatal.

En lo fundamental, las propuestas de reformas políticas y de estructuración del Estado –incluida su reorganización territorial con procesos de descentralización y autonomías- formuladas por diversas organizaciones sociales, coinciden con las que han sido formuladas por la candidatura de Rafael Correa, lo que facilita un reencuentro, siempre que el gobierno de Correa no se construya sobre una base tan amplia y dispersa que se ha expresado en cierta forma en su candidatura, lo que puede impedir unificar criterios y orientaciones en el ejercicio del poder.

De todos modos, frente a la segunda vuelta electoral, los movimientos y organizaciones de la sociedad civil no tienen cómo perderse: si Correa representa un espacio sobre el cual actuar sin limitaciones, Noboa es un frontal retorno al punto de partida; y puede representar la instauración de un gobierno en el que la mafia que se beneficie será aún más reducida y ambiciosa de la actual. La propia derecha empresarial que hoy le apoya por debajo de la mesa, desconfió siempre de él como el advenedizo voraz que heredó la mayor fortuna del Ecuador perjudicando a su propio entorno familiar. Las políticas de Noboa serán una perversa mezcla del más degradante paternalismo con una apertura al capital extranjero, pero pasando por sus arcas personales.

En breves rasgos, ¿cuáles son las personalidades de los dos finalistas?

En primer término, es necesario señalar que Noboa y Correa han llegado a donde han llegado por la polarización que representan desde posiciones de derecha y de izquierda. En ello no es posible perderse, aunque más de un analista con deseos de protagonizar el fiel de la balanza, los coloque a los dos como expresiones populistas por igual. La polarización entre un promotor del cambio desde un Estado reconstituido –Correa- y un defensor del mercado -Noboa-, pero un mercado entremezclado con paternalismo, mesianismo y protección desde el Estado a la inversión privada con Noboa como socio.

Álvaro Noboa es el heredero de un imperio bananero en dos provincias: El Oro y Los Ríos, regiones en las que, de manera significativa, perdió las elecciones desvirtuando sus mensajes de generoso creador de empleo; tiene importantes intereses en las exportaciones de café (fue el promotor de importaciones de café desde Asia provocando la ruina de los pequeños productores de Manabí); y es el mayor exportador de banano. Entre su cerca

de centenar de empresas, está un control significativo de la industria harinera en el Ecuador e inversiones en Estados Unidos.

Noboa ha participado en tres campañas, la primera a la sombra de Abdalá Bucaram de quien fue colaborador durante su fugaz gobierno, como conductor de la política monetaria del país; y las dos siguientes por su propia cuenta y gracias a su millonaria fortuna. Fue finalista en las elecciones de 1998 frente al demócrata cristiano Jamil Mahuad y en 2002 frente al coronel Lucio Gutiérrez, protagonista del golpe de estado de 2000 contra Mahuad.

Noboa ha ido perfeccionando en las tres elecciones, un estilo místico con exageraciones insospechadas. Llegó en esta ocasión a provocar asambleas de rezadores, imponer sus manos a los enfermos, regalar sillas de ruedas en todos los mítines y echarse de hinojos en las concentraciones con un enorme crucifijo colgando del pecho, para alcanzar la gracia divina; todo ello en medio del silencio de la Iglesia Católica que apenas tuvo un solo y tardío pronunciamiento rechazando este uso de los símbolos religiosos. Una extraña versión política de los charlatanes de feria, pero encarnada en la más grande fortuna del país.

En caso de ganar Noboa, una de las mayores consecuencias será la desaparición de un Estado como mediador entre los distintos sectores de la sociedad. Se trata del acceso del capital directamente a la cabeza del Estado. Al fin ocurrirá, en su versión más radical y perversa lo que siempre hemos denunciado: el poder económico y el poder político juntos, confundidos en una sola persona.

Rafael Correa, luego de una larga carrera académica en Economía, tuvo un fugaz apareamiento público como uno de los cuatro ministros de finanzas del actual gobierno de Alfredo Palacio; fue autor de una polémica decisión, la desaparición del fondo llamado FEIREP, en el que se “guardaban” los excedentes petroleros para el pago de la deuda externa; la decisión de Correa trasladó buena parte de estos recursos a la inversión social. Enemigo declarado de los partidos tradicionales, de las cúpulas financieras, de los acuerdos con el FMI o con el Banco Mundial, del TLC y de la presencia norteamericana en la base militar de Manta, es partidario radical de la reforma política y económica.

Rafael Correa, por otro lado, se presenta carismático, joven (43 años), partidario del marketing político al momento de vender sus propuestas, incluido el símbolo de blandir una correa, lo que ha sido rechazado como expresión de autoritarismo y machismo... “a correazos no se construye la democracia” rezaban los graffitis. Se considera vengador de una ciudadanía que en abril de 2005 pidió que “se vayan todos” los políticos del Estado, pero no se fue nadie.

Rafael Correa proclama en sus pancartas que “La patria vuelve”, una frase que recuerda la expresión de uno de los mayores intelectuales contemporáneos ecuatorianos, Benjamín Carrión, que proclamó, sobre la huella de la derrota militar sufrida por el país frente al Perú en 1941: “Volvamos a tener patria”. Un retorno a partir de una Asamblea Constituyente sobre cuya conformación y ámbito de acción es necesario ir estableciendo precisiones.

Si miramos lo que puede ocurrir en la segunda y definitiva vuelta electoral del 26 de noviembre, el panorama no está definido. Existe una diferencia de doscientos mil votos a favor de Álvaro Noboa, pero su candidatura, como la de Correa, comparte similares retos para superar el 50% de los votos. En cierta medida, los dos candidatos vuelven por igual al punto de partida.

Además de una pequeña ventaja en la primera vuelta, Noboa cuenta con otras ventajas: su candidatura captará las alianzas y los votos vergonzantes de una derecha que perdió en las urnas pero que maneja con habilidad el arma del “miedo”; miedo a una supuesta alianza de Correa con Chávez y Castro, miedo a su supuesto renunciamento a la dolarización y su oposición a un tratado de libre comercio con Estados Unidos que se vendió como lo más próximo al paraíso; miedo a la aventura de una nueva Constituyente y la consiguiente confrontación e inestabilidad durante su gobierno.

Noboa presenta una mayor apertura para captar el apoyo del partido de Gutiérrez que alcanzó un sorprendente 17% en la primera vuelta y que difícilmente se iría con un ex ministro de Economía del gobierno que le sacó del poder. Está también la oferta de bienes y servicios muy concretos y sentidos por la población pobre pero llevada a extremos irrealizables: la vivienda, el empleo ofrecido por un empresario exitoso, la atención de salud, el microcrédito. A ello se suma su ilimitada capacidad de inversión en publicidad, contando para el efecto con el silencio cómplice del Tribunal Electoral que no obliga a cumplir con los límites fijados para el gasto en campaña; y el respaldo cosechado en tres campañas con la “moraleja” de que sus dos contendores, Mahuad y Gutiérrez, fracasaron en el ejercicio del poder. En síntesis: una oferta de cambio por la gracia divina y por la dádiva mendicante e individualizada.

Sus mayores desventajas son, el otro lado de misma condición de multimillonario, en la medida en que ha evadido impuestos y explotado el trabajo de los pequeños productores agrícolas, hechos denunciados constantemente por su opositor; si bien la opinión pública le permitió crecer en puntillas, sin hacer olas, es posible que le obligue a definiciones que Noboa no está en condición de ofrecer (siempre que los medios de esa opinión pública, como ya ocurre con algunos canales de televisión, no se pongan de su lado); el triunfalismo del que está rodeándose que puede perjudicarle y la imposibilidad de dar un giro fundamental a su campaña, como no sea llevar a extremos insospechados su imagen de “enviado divino”

y protector de inválidos y humildes. ¿Cuál es el límite de este delirio? Es algo impredecible, pero existen ciertamente límites.

En el caso de Correa ha pesado a su favor su propuesta de acabar con la “partidocracia” y convocar inmediatamente una Asamblea Constituyente que modifique a profundidad el sistema político y económico; en ese sentido, debe valorarse el hecho de haber colocado un tema abstracto en la agenda electoral y haber obtenido un primer resultado: el fracaso de las cúpulas de los tres grandes partidos: Social Cristiano, Izquierda Democrática y Partido Roldosista. Tiene un pasado honrado, sus dotes de agitador popular y su prestigio de economista y académico graduado en universidades de Bélgica y Estados Unidos afianzan su imagen. En síntesis: el cambio por la vía de una revolución en las instituciones del Estado y en el quehacer político.

Mientras tanto, Correa tiene la desventaja de haber llegado segundo luego de ser el más oprimido y con gran margen; el llevar adelante un discurso radical que le vale entusiastas adherentes pero también temerosos enemigos que anuncian un pequeño apocalipsis –por ejemplo los banqueros- y que no escatimarán esfuerzos para verlo derrotado. En cuanto a la posibilidad de captar los votos de los candidatos que le siguieron, las posibilidades son varias: difícilmente podrá captar ese 9% de la candidata socialcristiana Cinthya Viteri; en cuanto a los votos de León Roldós, podrán dividirse entre: la socialdemocracia que mirará con mayor simpatía a Correa y los que se fueron con Roldós por encarnar el establecimiento y que podrían optar por Noboa; y en cuanto al importante sector de Gutiérrez, si bien el partido podría trabajar por Noboa, no toda la votación es endosable; de hecho Pachakutik perdió el voto presidencial en la Sierra Central pero lo conservó en buena medida para la elección de diputados, por lo que podrá aún influir en ese sector.

Correa deberá desvirtuar una aureola de autoritario, mirar un poco hacia el centro para captar el electorado de León Roldós y aprovechar los puntos flacos de su contendor, como su simplicidad de razonamiento que le ha valido la fama de muy poco capaz, la ausencia de una propuesta en temas claves como la corrupción, la política petrolera, el combate a la pobreza no desde un mercado egoísta sino desde políticas de Estado, la condición de Noboa de gran exportador de banano en detrimento de miles de pequeños productores sometidos a la dictadura de los precios que impone la exportación; y el derroche de su campaña publicitaria. Correa buscará radicalizar la confrontación entre ciudadanos y partidos, pero deberá también proponer pasos concretos en aquello en que le lleva ventaja Noboa: la educación, la salud, el empleo. Deberá ofrecer algunas certezas a una población que ha perdido fe en el país y que, en buena medida, buscó la emigración como el último recurso (un millón de ecuatorianos se han ido desde 1998 hasta ahora).

Ninguno de los dos intentará, seguramente, alianzas con las cúpulas de los partidos. No les traería beneficio alguno. Los votos no se endosan y peor por parte de partidos en franca caída.

Esta segunda ronda será, en síntesis, una ruda confrontación entre dos estilos para devolverle a la población alguna luz en el futuro inmediato.